

CEIP CARLES SALVADOR

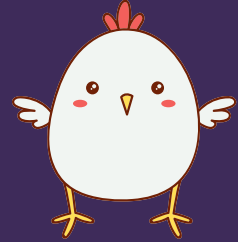


FÁBULAS 4º Primaria

FÁBULAS



1. El perro y su reflejo en el río. Álvaro Bleda
2. La gallina de los huevos de oro. Adrián Cabeza
3. El búho que quería salvar a la humanidad. Aroa Cátedra
4. El caballo y el asno. Ian Estellés.
5. El conejo con su figura en la Luna. Raquel Falomir
6. Los tres ciegos y el elefante. Pau Ferrando
7. La liebre y la tortuga. Adrià Fuster
8. Cuento de la lechera. Kike Gandia
9. La mona y la zorra. Álvaro Heredia
10. El viento del Norte. Aitana Llamas
11. La zorra y las uvas. Óscar López
12. La zorra que comió demasiado. Irene Macian
13. El cuervo y la jarra. El avaro. Marc Martínez
14. El pastor mentiroso. Isaac Reyes
15. La cabra y el zorro. Samantha Rico
16. Los tres cabritos y el ogro tragón. Eva Ruíz
17. El zorro y la cigüeña. Samira Saez
18. El lobo con piel de oveja. El dromedario y el camello. Caterina Sanchis
19. El león y el ratón. Pablo Tarín
20. La cigarra y la hormiga. Aitana Torrelles
21. El cuervo y la culebra. Yeray Torres
22. La paloma y la hormiga. Araceli Vargas
23. El árbol que no sabía quién era. Martina Villalba
24. El ratón de campo y el ratón de ciudad. Mar Zanón



1. El perro y su reflejo en el río. Álvaro Bleda

“Vadeaba un perro un río llevando en su hocico un pedazo de carne. Vio su propio reflejo en el agua del río y creyó que aquel reflejo era en realidad otro perro que llevaba un trozo de carne mayor que el suyo. Y deseando adueñarse del pedazo ajeno, soltó el suyo para arrebatar el trozo a su compadre.

Pero el resultado fue que se quedó sin el propio y sin el ajeno: éste porque no existía, solo era un reflejo, y el otro, el verdadero, porque se lo llevó la corriente”.

2. La gallina de los huevos de oro. Adrián Cabeza

Érase un labrador tan pobre, tan pobre, que ni siquiera poseía una vaca.

Era el más pobre de la aldea. Y resulta que un día, trabajando en el campo y lamentándose de su suerte, apareció un **enanito** que le dijo:

-Buen hombre, he oído tus lamentaciones y voy a hacer que tu fortuna cambie. Toma esta **gallina**; es tan maravillosa que todos los días pone un **huevo de oro**.



El enanito desapareció sin más ni más y el labrador llevó la gallina a su corral.

Al día siguiente, ¡oh sorpresa!, encontró un huevo de oro. Lo puso en una cestita y se fue con ella a la ciudad, donde vendió el huevo por un alto precio. Al día siguiente, loco de alegría, encontró otro huevo de oro.

¡Por fin la **fortuna** había entrado a su casa! Todos los días tenía un nuevo huevo.

Fue así que poco a poco, con el producto de la venta de los huevos, fue convirtiéndose en el hombre más rico de la comarca.

Sin embargo, una insensata avaricia hizo presa su corazón y pensó: “¿Por qué esperar a que cada día la gallina ponga un huevo? Mejor la mato y descubriré la mina de oro que lleva dentro”.

Y así lo hizo, pero en el interior de la gallina no encontró ninguna mina.

A causa de la **avaricia** tan desmedida que tuvo, este tonto aldeano malogró la fortuna que tenía.

3. El búho que quería salvar a la humanidad. Aroa Cátedra

Fábula de Augusto Monterroso

En lo más intrincado de la Selva existió en tiempos lejanos un Búho que empezó a preocuparse por los demás.

En consecuencia se dio a meditar sobre las evidentes maldades que hacía el León con su poder; sobre la debilidad de la Hormiga, que era aplastada todos los días, tal vez cuanto más ocupada se hallaba; sobre la risa de la Hiena, que nunca venía al caso; sobre la Paloma, que se queja del aire que la sostiene en su vuelo; sobre la Araña, que atrapa a la Mosca y sobre la Mosca que con toda su inteligencia se deja atrapar por la Araña, y en fin, sobre todos los defectos que hacían desgraciada a la Humanidad, y se puso a pensar en la manera de remediarlos.

Pronto adquirió la costumbre de desvelarse y de salir a la calle a observar cómo se conducía la gente, y se fue llenando de conocimientos científicos y psicológicos que poco a poco iba ordenando en su pensamiento y en una pequeña libreta. De modo que algunos años después se le desarrolló una gran facilidad para clasificar, y sabía a ciencia cierta cuándo el León iba a rugir y cuándo la Hiena se iba a reír, y lo que iba a hacer el Ratón del campo cuando visitara al de la ciudad, y lo que haría el Perro que traía una torta en la boca cuando viera reflejado en el agua el rostro de un Perro que traía una torta en la boca, y el Cuervo cuando le decían qué bonito cantaba. Y así, concluía: "Si el León no hiciera lo que hace sino lo que hace el Caballo, y el Caballo no hiciera lo que hace sino lo que hace el León; y si la Boa no hiciera lo que hace sino lo que hace el Ternero y el Ternero no hiciera lo que hace sino lo que hace la Boa, y así hasta el infinito, la Humanidad se salvaría, dado que todos vivirían en paz y la guerra volvería a ser como en los tiempos en que no había guerra." Pero los otros animales no apreciaban los esfuerzos del Búho, por sabio que éste supusiera que lo suponían; antes bien pensaban que era tonto, no se daban cuenta de la profundidad de su pensamiento y seguían comiéndose unos a otros, menos el Búho, que no era comido por nadie ni se comía nunca a nadie.

4. El caballo y el asno. Ian Estellés.



EL CABALLO Y EL ASNO

Un hombre que tenía un caballo y un asno. Como todos los días, el asno y el caballo tenían que llevar la mercancía a la ciudad. A la mitad del camino, el asno, cansado, pidió al caballo que llevara parte de su carga.

El caballo se hizo el sordo y no ayudó al asno.

El pobre asno, agotado, murió allí mismo.

Entonces el dueño le puso toda la carga al caballo. El caballo, que no quiere ayudar al asno, tuvo que cargar con todo durante todo el camino.

SUSPIRANDO EL CABALLO PENSÓ. Si hubiera ayudado al asno...

MORALEJA

Ayuda a los demás que te necesitan, porque si no lo haces te perjudicas a ti mismo.

5. El conejo con su figura en la Luna. Raquel Falomir.

Quetzalcóatl, el dios, grande y bueno se fue de viaje a recorrer el mundo con apariencia de hombre. El dios Quetzalcóatl había caminado todo un día, hasta la caída del día se va sentir fatigado y con hambre.

Pero todavía siguió caminando, hasta que las estrellas comenzaron a brillar y la luna a aparecer. Entonces se va sentar a la orilla del camino, para descansar, cuando vio un conejito que había salido a cenar.

-¿Que estas comiendo?-,le va preguntar el dios.

-Estoy comiendo hierba. Quieres un poquito?

-Gracias,pero yo no como hierba.

-Entonces que vas a comer?

-Nada, a lo mejor me moriré de hambre.

El conejito se acerco al dios y le dijo:

-Mira, yo solo soy un conejito, pero si tienes hambre,comeme que estoy aquí.

Entonces el dios acaricio al conejito y le dijo:

-Tu no seras más que un conejito, pero todo el mundo, para siempre se va a acordar de ti.

Entonces lo va levantar alto muy alto hasta la luna, donde quedo su figura estampada. Después, el dios lo bajo a tierra y le dijo:

-Ahí tienes tu retrato en luz, para a todos los hombres y para a todos los tiempos.



6. Los tres ciegos y el elefante. Pau Ferrando

Había una vez tres ancianos que se conocían desde la infancia y disfrutaban pasando buenos ratos juntos. Tenían en común que eran hombres cultos e inteligentes, pero también que los tres eran ciegos de nacimiento. Afortunadamente, a pesar de no poder ver, en su día a día se desenvolvían muy bien, pues todavía estaban en buena forma física, sus mentes funcionaban a pleno rendimiento, podían oler, tocar, escuchar, saborear...

Un precioso día de verano se reunieron en su lugar favorito junto al río, se sentaron sobre la hierba, y empezaron a conversar sobre temas científicos. En medio del interesantísimo coloquio se sobresaltaron al escuchar el sonido de varias pisadas.

El anciano que tenía la barba blanca se giró, y algo inquieto preguntó en voz alta:

– ¡¿Quién anda ahí?!

Por suerte no era ni un espía ni un asaltante de caminos, sino un viajero que llevaba a su lado un enorme elefante con una correa al cuello, como si de un perrillo se tratara.

– Me llamo Kiran, caballeros. Perdonen si les he asustado. Mi elefante y yo venimos a beber agua fresca y ya nos vamos, que para nada queremos interrumpir su agradable charla.

Los tres pusieron una cara bastante rara, mezcla de sorpresa y emoción. El segundo anciano, que tenía barba negra, quiso asegurarse de lo que Kiran había dicho.

– ¿He oído bien?... Ha dicho usted... ¿elefante?... ¿Un elefante de verdad?

El desconocido reparó en los bastones tirados en la hierba y se fijó en la mirada perdida de los tres viejecitos. Fue cuando se dio cuenta de que eran invidentes.

– Sí señor, voy con mi elefante. Es un animal muy grande, pero no se preocupen, no les hará ningún daño.

El tercer anciano se atusó la barba pelirroja y le confesó:

– Hemos oído hablar de la existencia de esos animales, pero a este pueblo nunca ha venido ninguno y no sabemos cómo son. ¿Podríamos tocar el suyo para hacernos una idea del aspecto que tienen?

Kiran se mostró encantado.

– ¡Claro, faltaría más! Es un ser muy pacífico y bonachón. ¡Vengan a acariciarlo, no tengan miedo!

Los tres amigos se levantaron, dieron unos pasos y extendieron la mano derecha. El anciano de barba blanca se topó con una de las patas delanteras y durante un rato la palpó de arriba abajo.

– ¡Ahora ya sé cómo es un elefante! Es como la columna de un templo, o mejor dicho, es como un tronco de un árbol: cilíndrico, grande y muy rugoso.



Mientras, la mano del anciano de barba negra había ido a parar a una de las gigantescas orejas. El animal sintió unas cosquillitas y la sacudió ligeramente hacia delante y hacia atrás.

– ¡Qué dices, querido amigo, un elefante nada tiene que ver con una columna! Mi conclusión es que parece un enorme abanico por dos razones muy obvias: primero, por su forma plana, y segundo, porque al moverse produce un airecillo de lo más agradable. ¿Es que vosotros no lo notáis?

En ese momento, el anciano de barba pelirroja rozó con la punta de los dedos algo blando que colgaba de algún lugar mucho más alto que él. Era la trompa del cuadrúpedo, pero claro, él no lo sabía.

– ¡Pero qué me estáis contando! Por lo que puedo comprobar un elefante es como una cuerda. Claramente, se trata de un espécimen alargado, flexible y blandito, como una anguila o una serpiente. Sin duda una forma extraña para un mamífero, pero en fin... ¡Por todos es sabido que la naturaleza es sorprendente!

El dueño del elefante observaba la escena en silencio y no pudo evitar pensar:

– ‘¡Qué situación tan curiosa!... Los tres ancianos han acariciado al mismo elefante, pero al hacerlo en partes diferentes de su cuerpo, cada uno de ellos se ha hecho una idea totalmente distinta de cómo es en realidad. Para el anciano de barba blanca, un elefante es como una columna, para el anciano de barba negra, tiene forma de abanico, y para el anciano de barba pelirroja, es igual a una serpiente. Ciertamente, todos tienen parte de razón, pero ninguno la verdad completa.’

Tras esta reflexión decidió que antes de que le preguntaran a él, lo mejor era irse cuanto antes.

– Señores, me están esperando en el pueblo y temo que se me haga tarde. Espero que les haya resultado interesante la experiencia de tocar un elefante. Que pasen ustedes un buen día. ¡Adiós!

Acompañado de su voluminosa ‘mascota’ Kiran se alejó dejando a los tres amigos inmersos en una ardiente discusión sobre quién tenía la razón. Una conversación que, por cierto, duró horas y no sirvió de nada: los ancianos fueron incapaces de ponerse de acuerdo sobre la verdadera forma que tienen los elefantes.

Moraleja: Las personas opinamos en función de nuestra experiencia personal y por eso siempre creemos que tenemos la razón. Si analizas esta fábula verás que los demás, pensando distinto a nosotros y viendo las cosas desde otro punto de vista, también pueden tenerla. Nunca menosprecies otras creencias, otras formas de ver la vida, pues a menudo, la verdad absoluta no existe y todo depende del color del cristal con que se mire.

7. La liebre y la tortuga. Adrià Fuster.

Cierto día una liebre se reía de las patas cortas y de la lentitud al andar de una tortuga. Pero esta riendo, le replicó:

—Puede que ser que seas veloz como el viento, pero yo te ganaría en una competición.

Y la liebre, totalmente segura de que ganaría, aceptó el reto, y propusieron al zorro que señalara el camino y la meta.

Llegó el día de la carrera, salieron las dos a la vez. La tortuga nunca dejó de andar y despacio pero constando, avanzaba tranquila hasta la meta. En cambio la liebre, que a ratos se paraba a descansar por el camino, se quedó dormida. Cuando se despertó, se movió lo más rápido que pudo, y vio como la tortuga llegaba la primera al final y obtenía la victoria.

Moraleja:

Con seguridad, constancia y paciencia, aunque a veces parecemos lentos, obtendremos siempre el éxito.

8. Cuento de la lechera. Kike Gandia.

Autor: Felix M. Samaniego

Fuente: <https://www.mundoprimaria.com/fabulas-para-ninos/cuento-de-la-lechera>

Había una vez una niña que vivía con sus padres en una granja. Era una buena chica que ayudaba en las tareas de la casa y se ocupaba de colaborar en el cuidado de los animales.

Un día, su madre le dijo:

– Hija mía, esta mañana las vacas han dado mucha leche y yo no me encuentro muy bien. Tengo fiebre y no me apetece salir de casa. Ya eres mayorcita, así que hoy irás tú a vender la leche al mercado ¿Crees que podrás hacerlo?

La niña, que era muy servicial y responsable, contestó a su mamá:

– Claro, mamita, yo iré para que tú descanses.

La buena mujer, viendo que su hija era tan dispuesta, le dio un beso en la mejilla y le prometió que todo el dinero que recaudara sería para ella.

¡Qué contenta se puso! Cogió el cántaro lleno de leche recién ordeñada y salió de la granja tomando el camino más corto hacia el pueblo.



LA MONA Y LA ZORRA



Cierta mona, descontenta con la pequeña cola que recibió de su madre, pidió a la zorra - que descomunal cola lucía- le diera parte de ella para alargar la suya.

-Mira, amiga -le dijo la mona-, tienes demasiada cola, mientras que yo soy infeliz con la mía que es corta.

La zorra se echó a reír al oír tal disparate y replicó a la mona:

-Aunque mi cola fuese cien veces más larga y la arrastrase por el lodo y entre las zarzas, no te cedería el pedazo que crees necesitar. ¡Ánimo, pues amiga, y busca tu felicidad en otros designios!

**Sé feliz con lo que tienes,
y no aspiras ajenos bienes.**

10. El viento del Norte. Aitana Llamas.

AUTORA: Sarah Toast

Había una vez, en un reino que estaba al norte, un pequeño niño que vivía con su madre. Un día su madre le dijo que comprara avena. Quería preparar avena tibia y un pan para el resto del día. El niño fue al molino a comprar avena fue con mucho cuidado de no tirar la avena pero de repente el viento del norte soplo y le tiro la avena, y eso se repitió 3 veces y ya cuando no le quedaba dinero se rindió y se fue a casa.

El niño se sintió muy triste al contarle a su madre lo sucedido, decidió visitar al viento del norte para que le devolviera su avena. Fue un viaje muy duro hasta llegar a casa del viento del norte. Mientras avanzaba mas frío hacia y al niño le dio miedo mirar la enorme puerta que tenía delante. Sin tocar la puerta de tanto que la mano le temblaba que toco la puerta . El malhumorado del viento del norte abrió la puerta y dijo: Que quieres? Pregunto con su estruenda voz. El niño contesto: He venido a pedirte que me devuelvas mi avena, dijo

``Mi madre y yo casi no tenemos que comer y ya no tenemos dinero``

``No puedo devolverte tu avena, pero tu madre y tu sois pobres y tu has sido muy valiente al venir hasta aquí por eso te daré un mantel mágico``

El Viento del Norte le dijo que dijera

``Mantel, mantel sirve la comida`` Le dio las gracias y se marchó. Cuando empezó a oscurecer el niño decidió pasar esa noche en una posada.

Puso el mantel en la mesa y dijo

`` Mantel, mantel sirve la comida``. El posadero se asombro al ver toda la comida que había.

Cuando el niño se quedo dormido el posadero subió y cogió el mantel y lo cambio por uno idéntico. Por la mañana cogió el mantel y se fue a casa, pero la sorpresa que se llevaron su madre y el fue que el mantel no funcionaba. El y su madre se quedaron con hambre esa noche.

A la mañana siguiente el niño decidió volver a visitar al viento del norte .Fue un largo camino de regreso a la casa del Viento del Norte. El niño toco la puerta sin miedo y se abrió y el viento le dijo

``Hola de nuevo , que deseas?``

``Te llevaste mi avena y el mantel no funciona ``

``No tengo tu aveno y tampoco otro mantel, pero si que tengo una hucha mágica

`` Te dará todo el dinero que necesites, solo tienes que decir

``HUCHA HAZ DINERO``

El niño le dio las gracias al Viento del Norte y se marchó.

Una vez mas decidió pasar la noche en una posada. Cuando iba a pagar la cena y el cuarto de aquella noche dijo: `` HUCHA HAZ DINERO`` Y saco un montón de dinero, y el posadero le echo ojo a la hucha. Después de cenar se metió en la cama y el posadero estaba esperando a que el niño se durmiera, después entro con una hucha normal y la cambio por la real.

A la mañana siguiente, el niño llego a casa contándole a su madre lo sucedido, y ella dijo: Lo creeré cuando lo vea. El niño dijo: ``HUCHA HAZ DINERO`` Pero no salió ninguna moneda.

El niño y su madre ya no tenían ni dinero ni comida. Al niño le daba miedo volver a visitar al Viento del Norte, pero sabia que tenia que pedir ayuda.

Pero el Viento estaba aun mas enfadado que nunca y le dijo: ``BIEN AHORA QUE QUIERES``. El niño contesto con timidez: ``La hucha no funciona``

Solo me queda una cosa dijo el Viento: una cuerda mágica solo tienes que decir ``Cuerda, curda Átalo`` Y te la daré.

El niño regreso a casa y ya sabía lo que había pasado con el mantel y la hucha y se le ocurrió una idea. Cuando llegó a la posada se detuvo y decidió pasar la noche allí, no tenia dinero pero el posadero le dio de cenar y lugar donde dormir. El posadero pensó que la cuerda era mágica y planeo robarla, el niño subió las escaleras y fingió que estaba dormido y espero hasta que el posadero entro en la habitación con una cuerda idéntica bajo el brazo y... Cuando se acerco a la cama el niño dio un salto y dijo ``Cuerda, curda Átalo`` La cuerda ató al posadero y quedo al descubierto.

El posadero trato de liberarse, pero no pudo `` no te desatare hasta que no me devuelvas mi mantel y mi hucha`` - dijo el niño. El posadero dijo ``tómalos pero desátame``

El niño amablemente dejó ir al posadero, con sus objetos mágicos regreso a casa y esta vez si que pudo mostrarle a su madre los objetos mágicos. Tuvieron mucha comida y dinero para pagar sus necesidades y en caso de peligro tenían la cuerda cerca.

Y una vez mas el niño fue a visitar al Viento del Norte para agradecerle su ayuda y esta vez ya no tuvo miedo.

EL VALOR

Valor significa hacer lo correcto aunque tengas miedo como el niño que visitó al aterrador Viento del Norte solo por ayudar a su madre.

La zorra y las uvas

Adaptación de la fábula de Esopo

Cuenta la fábula que, hace muchos años, vivía una zorra que un día se sintió muy agobiada. Se había pasado horas y horas de aquí para allá, intentando cazar algo para poder comer. Desgraciadamente, la jornada no se le había dado demasiado bien. Por mucho que vigiló tras los árboles, merodeó por el campo y escuchó con atención cada ruido que surgía de entre la hierba, no logró olfatear ninguna presa que llevarse a la boca. Llegó un momento en que estaba harta y sobrepasada por la desesperación. Tenía mucha hambre y una sed tremenda porque además, era un día de bastante calor. Deambuló por todos lados hasta que al fin, la suerte se puso de su lado.

Colgado de una vid, distinguió un racimo de grandes y apetitosas uvas. A la zorra se le hizo la boca agua ¡Qué dulces y jugosas parecían! ... Pero había un problema: el racimo estaba tan alto que la única manera de alcanzarlo era dando un gran brinco. Cogió impulso y, apretando las mandíbulas, saltó estirando su cuerpo lo más que pudo.

No hubo suerte ¡Tenía que concentrarse para dar un salto mucho mayor! Se agachó y tensó sus músculos al máximo para volver a intentarlo con más ímpetu, pero fue imposible llegar hasta él. La zorra empezaba a enfadarse ¡Esas uvas maduras tenían que ser suyas!

Por mucho que saltó, de ninguna manera consiguió engancharlas con sus patas ¡Su rabia era enorme! Frustrada, llegó un momento en que comprendió que nada podía hacer. Se trataba de una misión imposible y por allí no había nadie que pudiera echarle una mano. La única opción, era rendirse. Su pelaje se había llenado de polvo y ramitas de tanto caerse al suelo, así que se sacudió bien y se dijo a sí misma:

– ¡Bah! ¡Me da igual! Total... ¿Para qué quiero esas uvas? Seguro que están verdes y duras como piedras! ¡Que se las coma otro!

Y así fue como la orgullosa zorra, con el cuello muy alto y creyéndose muy digna, se alejó en busca de otro lugar donde encontrar alimentos y agua para saciar su sed.

Moraleja: *si algo es inalcanzable para ti o no te ves capaz de conseguirlo, no debes culpar a los demás o a las circunstancias. Es bueno reconocer y aceptar que todos tenemos muchas capacidades, pero también limitaciones.*

<https://www.mundoprimaria.com/fabulas-para-ninos/la-zorra-y-las-uvas>

La zorra que comió demasiado

Érase una vez una zorra muy glotona que solía levantarse tempranísimo para salir a buscar alimentos por el campo. Comer era su pasatiempo favorito y nunca le hacía ascos a nada. Un puñado de insectos vivitos y coleando, media docena de castañas, algún que otro arándano arrancado a mordiscos del arbusto... ¡Cualquier cosa servía para saciar su voraz apetito!

Por regla general no solía tardar mucho en encontrar comida, pero en una ocasión sucedió que por más que rastreó la tierra no halló ni una mísera semilla que llevarse a la boca. Tras varias horas de inútil exploración, el sonido de sus tripas empezó a parecerse al ronquido de un búfalo.

– *Madre mía, qué hambrienta estoy... ¡Si no como algo pronto me voy a desmayar!*

Estaba a un tris de rendirse cuando a cierta distancia detectó la presencia de un joven pastor que cuidaba del rebaño. El muchacho estaba sentado sobre la hierba, tarareando una alegre melodía mientras las ovejitas correteaban confiadas a su alrededor. La zorra se ocultó para poder vigilar sin ser descubierta.

– *Detrás de este matorral estaré bien.*

Durante unos minutos no pasó nada de nada, pero de repente el chico dejó de cantar y miró al cielo con especial interés.

– *¡Está comprobando la posición del sol para saber si ya es la hora del almuerzo!*

La avispada zorra tenía toda la razón y sí... ¡Eran las doce en punto del mediodía! Sin perder más tiempo el pastor extendió un mantelito de cuadros sobre una roca y sacó variadas viandas de una pequeña cesta.

– *Vaya, vaya, vaya... ¡Creo que mi suerte acaba de cambiar!*

Desde donde estaba pudo distinguir una cuña de queso, una hogaza de pan blanco y un racimo de uvas, gordas como huevos de codorniz. Todo tenía una pinta impresionante e inevitablemente empezó a salivar.

– *¡Oh, se me hace la boca agua!... Me quedaré quietecita y en cuanto se largue me acercaré a investigar. ¡Con suerte podré lamer las migas que se hayan caído al suelo!*

Hecha un manojo de nervios esperó a que el chico finiquitara lo que para ella era un banquete digno de un faraón.

– *Bien, parece que ya ha terminado porque se ha puesto en pie y está sacudiendo el mantel. ¿Se irá ya o antes se echará una siesta?*

Esto cavilaba la zorra cuando ante sus ojos ocurrió algo sorprendente: el pastor envolvió la comida sobrante con el mantelito de cuadros y la introdujo en un agujero excavado en

el tronco de un viejo árbol. Seguidamente dio un fuerte silbido para agrupar a las ovejas y se las llevó todas juntitas de vuelta a la granja.

– *¡Por todos los dioses, qué fortuna la mía! El pastor trajo tanta comida que ha reservado una parte para mañana. Pues lo siento mucho, pero todo eso me lo voy a tragar yo a la de tres, dos, uno... ¡Ya!*

La famélica zorra salió disparada hacia el árbol, trepó por el tronco con la rapidez de una rata, y se metió dentro del hueco. El espacio era estrecho y pequeño, pero consiguió llegar al fondo y encontrar el tesoro. En cuanto tuvo el paquete en su poder, desató el nudo y prácticamente a oscuras se puso a devorar. Mientras lo hacía, pensaba:

– *¡Oh, madre mía, qué rico todo!... ¡El pan todavía está templado y este queso casero es realmente exquisito! Y las uvas... ¡Ay, las uvas, qué dulces son! Antes reviento que dejar un poco.*

Comió tanto y tan rápido que su panza se hinchó hasta adquirir el aspecto de un enorme globo a punto de explotar. Como te puedes imaginar, cuando quiso irse no pudo hacerlo. Darse cuenta de que estaba atrapada y empezar a chillar como una loca fue todo uno.

– *¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Que alguien me ayude, por favor!*

La angustia se apoderó de ella y empezó a llorar.

– *¡Sáquenme de aquí! ¡No puedo salir, no puedo salir!*

Una zorra de su misma especie que paseaba cerca escuchó sus gritos retumbando en el interior del árbol. Muerta de curiosidad escaló hasta el orificio y asomó su peluda cabeza.

– *¿Qué sucede?... ¿Quién anda ahí?*

La zorra atrapada saludó a la desconocida y le explicó la gravedad de la situación.

– *¡Hola, amiga! Gracias por atender a mi llamada. Verás, he visto que un pastor introducía restos de su almuerzo dentro en esta cavidad y entré para comerlos.*

– *Entiendo... ¿Y dónde está el problema, compañera?*

– *Pues que resulta que he engordado tanto que me he quedado encajada.*

– *¿Encajada?*

– *Sí, no puedo moverme.*

– *Oh, ya veo... ¡Déjame que piense algo!*

La zorra libre se rascó la cabeza mientras intentaba dar con una solución. No encontró ninguna y se lo soltó con toda sinceridad a la prisionera.

– *Lo siento pero nada puedo hacer. No tengo herramientas y no conozco a ningún pájaro carpintero que pueda romper la madera con su pico.*

– *¡Pues localiza un par de castores! Dicen de ellos que son grandes roedores y que excavan cualquier cosa que se les ponga por delante.*

– *¡Imposible! Las familias que conozco viven junto al lago, a más de cuatro horas de camino.*

– ¡Piensa algo para liberarme de inmediato, por favor!

– Amiga, lo lamento mucho, pero créeme cuando te digo que tu única opción es esperar a que pase la noche. ¡Cuando esa barriga recupere la forma que tenía, podrás salir!

– ¿Qué?... ¿Cómo dices?

– Sí, querida mía, así son las cosas: si quieres volver a ver la luz y recuperar tu vida tendrás que cultivar esa virtud tan importante que todos debemos tener y valorar.

– ¿Ah, sí?... ¿Y qué virtud es esa?

– ¡La paciencia!

La respuesta no podía ser más clara y contundente, así que la zorra tuvo que admitir que no le quedaba otra que relajarse y esperar el tiempo necesario.

Moraleja: Esta fábula nos enseña que hay problemas que se resuelven solos. Simplemente hay que mantener la calma y esperar que venga tiempos mejores.

13.El cuervo y la jarra. El avaro. Marc Martínez

EL CUERVO Y LA JARRA

Hubo una vez una gran sequía. Un cuervo sediento vio, de pronto, una jarra, pero su pico no alcanzaba el agua.

— ¡No puede ser! Moriré de sed si no encuentro la forma de beber.

El cuervo metió aún más el pico y zarandeó la jarra, pero nada... Entonces metió la pata con la idea de mojarla y poder lamer alguna gota, pero su pata también era demasiado corta.

A punto estaba de tirar la toalla cuando tuvo una idea. Durante una hora estuvo el cuervo metiendo piedras en aquella jarra. Era un trabajo lento y pesado, pero al final obtuvo su recompensa. Gracias a las piedras, el agua subió hasta el borde de la jarra y el cuervo pudo saciar su sed.

Moraleja: *La necesidad agudiza el ingenio.* Enseña a tener paciencia ante los problemas, pues ante las dificultades surgen las mejores ideas.



EL AVARO

Érase una vez un hombre muy rico que vendió todo lo que tenía a cambio de varios lingotes de oro. Y para que nadie le robara, enterró el oro en un bosque. Todos los días acudía al lugar para comprobar que su oro seguía allí, sin saber que un ladrón lo vigilaba escondido.

Una noche, el ladrón desenterró el oro y se lo llevó. Cuando el rico descubrió el robo, dio tal grito que un vecino se acercó a ver qué pasaba. El hombre rico lloraba, desesperado. Entonces el vecino tomó unas piedras, las enterró en el mismo lugar y dijo:

—Aquí tiene su tesoro. Sabe que nunca habría gastado sus lingotes. ¿Qué más le da, entonces, que sean piedras? Así por lo menos dejará de sufrir.



Moraleja: *Corazón codicioso no tiene reposo. La riqueza, si no se comparte, no vale nada* y solo trae pobreza.

EL PASTOR MENTIROSO

Había una vez un pastorcito que cuidaba su rebaño en la cima de la colina. Él se encontraba muy aburrido y para divertirse se le ocurrió hacerles una broma a los aldeanos. Luego de respirar profundo, el pastorcito gritó:

—¡Lobo, lobo! Hay un lobo que persigue las ovejas.



Los aldeanos llegaron corriendo para ayudar al pastorcito y ahuyentar al lobo. Pero al llegar a la cima de la colina no encontraron ningún lobo. El pastorcito se echó a reír al ver sus rostros enojados.

—No grites lobo, cuando no hay ningún lobo —dijeron los aldeanos y se fueron enojados colina abajo.

Luego de unas pocas horas, el pastorcito gritó nuevamente:

—¡Lobo, lobo! El lobo está persiguiendo las ovejas.

Los aldeanos corrieron nuevamente a auxiliarlo, pero al ver que no había ningún lobo le dijeron al pastorcito con severidad:

—No grites lobo cuando no hay ningún lobo, hazlo cuando en realidad un lobo esté persiguiendo las ovejas.

Pero el pastorcito seguía revolcándose de la risa mientras veía a los aldeanos bajar la colina una vez más.

Más tarde, el pastorcito vio a un lobo cerca de su rebaño. Asustado, gritó tan fuerte como pudo:

—¡Lobo, lobo! El lobo persigue las ovejas.



Pero los aldeanos pensaron que él estaba tratando de engañarlos de nuevo, y esta vez no acudieron en su ayuda. El pastorcito lloró inconsolablemente mientras veía al lobo huir con todas sus ovejas.

Al atardecer, el pastorcito regresó a la aldea y les dijo a todos:

—El lobo apareció en la colina y ha escapado con todas mis ovejas. ¿Por qué no quisieron ayudarme?

Entonces los aldeanos respondieron:

—Te hubiéramos ayudado, así como lo hicimos antes; pero nadie cree en un mentiroso incluso cuando dice la verdad.

LA CABRA Y EL ZORRO

LA CABRA Y EL ZORRO

Durante más de una hora el zorro había estado tratando de escapar del fondo del pozo. El agua estaba baja y el estúpido animal, al inclinarse para beber había caído ahí de cabeza. Y aunque solo estaba parado en unos cuantos centímetros de agua, el pozo era demasiado profundo para escalarlo de un salto.

Mientras descansaba un instante de sus esfuerzos por huir, el desesperado animal vio asomar por el borde del pozo la cabeza de una cabra, que miraba con curiosidad.

- ¿Está fresca el agua? – preguntó la cabra

Adivinando que su visitante no comprendía lo sucedido, el zorro decidió aprovechar esta oportunidad para escapar.

- ¡Maravillosamente fresca! ¡Salta aquí abajo y bébela tú misma! – fue su cordial respuesta.

La cabra estaba sedienta después de retozar bajo el cálido sol de verano. Y, sin pensarlo más, saltó al pozo. Entonces el zorro, veloz como un pájaro, saltó sobre su lomo y trepó hasta salir de su cárcel.

La tonta cabra comprendió muy pronto que estaba prisionera y suplicó lastimeramente al zorro que la sacara de allí. Pero este se limitó a reirse de su benefactora.

- ¡mira lo que haces antes de saltar! – se limitó a decir.

Y muy satisfecho de sí mismo, se internó el bosque dando saltos de alegría.

MORALEJA

Antes de comprometerte en algo, piensa primero si podrías salir de aquello, sin tomar en cuenta lo que te ofrezcan tus vecinos.

REFRAN

Más valen pocos comprometidos, que muchos por compromiso.

16. Los tres cabritos y el ogro tragón. Eva Ruíz

LOS TRES CABRITOS Y EL OGRO TRAGÓN

Había un vez tres cabritos que vivían en un verde pastizal .

Un día el pastizal comenzó a secarse y los cabritos tuvieron que irse al otro lado del río.

Pero debajo del puente vivía Mazodientes, un ogro tragón .A si que los cabritos hicieron un plan para cruzar.

Primero fue el cabrito pequeño. Al verlo ,el ogro gritó: - ¡Qué rica cena voy a tener! ¡Te voy a comer! Y el cabrito contestó: -No te apures , soy tan pequeño que no alcanzo ni para taparte una muela. Espera a mi hermano que es mas grande que yo.

El ogro esperó al siguiente cabrito y cuando lo vio grito :-¡ Uy que rica cena voy a tener! ¡Te voy a comer - No pierdas tu tiempo -Dijo el cabrito mediano-. Atrás viene mi hermano, que es mas gordo que yo. El ogro decidió esperar.

Cuando vio al mayor gritó :-¡Pero que banquete me voy a dar!.-Si me quieres comer, deja tu mazo y sube a pelear -contestó el cabrito. El ogro subió al puente. Entonces el cabrito corrió y le dio un golpe tan fuerte que el ogro cayó al río y de lo llevó la corriente .

Y desde entonces los cabritos los cabritos pudieron comer felices en el verde pastizal del otro lado del río.

17. El zorro y la cigüeña. Samira Saez

Al zorro le encantaban las bromas pesadas y quiso gastarle una a su amiga la cigüeña. Un día la invitó a cenar a su casa y la cigüeña aceptó con mucho agrado. La cigüeña se presentó a la hora acordada y tras conversar un buen rato, se dirigieron al comedor.

El zorro había preparado una deliciosa sopa, pero la sirvió en dos platos muy llanos. La cigüeña apenas pudo probar la sopa con la punta de su largo pico. El zorro, entre risas burlonas, se tomó toda la sopa y al final se lamió y relamió el plato.

La cigüeña pronto se dio cuenta de la broma de mal gusto que le estaba jugando el zorro. Sin embargo, disimuló su enojo. Al despedirse, dio las gracias al zorro dejándole saber que estaba invitado a almorzar a su casa al día siguiente.

El zorro se presentó en la casa de la cigüeña. Al entrar, sintió un olor exquisito que le hizo agua la boca y lo llenó de emoción. Pero la emoción le duró poco, porque el guiso que había preparado la cigüeña le fue servido en un jarro muy largo y de cuello estrecho. La cigüeña alcanzaba fácilmente el guiso con su pico, pero no el zorro con su hocico ancho y corto. El zorro, muy avergonzado, se marchó con el rabo entre las patas.

Moraleja: No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti.

El lobo con piel de oveja



Érase una vez un lobo muy oportunista que encontró una piel de oveja abandonada en el campo:

“Con esta piel podré disfrazarme de oveja, caminar entre ellas y hacerlas presa fácil. ¡Qué gran banquete me voy a dar!”, pensó el malvado.

De esta manera, se colocó la piel sobre el lomo y acto seguido se dirigió hacia el rebaño.

Ninguna de las ovejas notó su presencia. Todas seguían pastando y disfrutando del día. ¡Su plan funcionaba a la perfección!

El pastor tampoco advirtió su presencia y llegado el atardecer llevó el rebaño al corral. El lobo se lamía y relamía pensando en su fabulosa cena.

Pero antes de cerrar la puerta, el pastor, sin saber de quién se trataba, apartó al lobo del rebaño para cortarle la lana. ¡Menuda sorpresa se llevó cuando con el primer halón, la piel de oveja cayó al suelo y dejó al lobo al descubierto!

Furioso, el pastor echó al lobo a palos y este nunca volvió a acercarse a sus ovejas.

Moraleja: Los engaños nunca te harán exitoso

EL DROMEDARIO Y EL CAMELLO. José Rosas Moreno

« ¡Válgame Dios, qué veo!

Un camello decía a un dromedario;

Tú eres en el desierto necesario,

Mas la verdad, amigo, estás muy feo

Con esa singular, alta joroba,

Más grande que una alcoba.»

¡Y el que así se burlaba y se reía,

Dos jorobas magníficas tenía!

Hombres hay que no encuentran nada bueno,

Que aunque son de defectos un acopio,

La paja miran en el ojo ajeno,

Y la viga jamás ven el propio.

EL LEÓN Y EL RATÓN

Érase una vez un león que vivía en la sabana. Allí transcurrían sus días, tranquilos y aburridos. El Sol calentaba tan intensamente, que casi todas las tardes, después de comer, al león le entraba un sopor tremendo y se echaba una siesta de al menos dos horas.

Un día como otro cualquiera estaba el majestuoso animal tumbado plácidamente junto a un arbusto. Un ratoncillo de campo que pasaba por allí, se le subió encima y empezó a dar saltitos sobre su cabeza y a jugar con su gran cola. El león, que sintió el cosquilleo de las patitas del roedor, se despertó. Pilló al ratón desprevenido y de un zarpazo, le aprisionó sin que el animalillo pudiera ni moverse.

– ¿Cómo te atreves a molestarme? – rugió el león enfadado – Soy el rey de los animales y a mí nadie me fastidia mientras descanso.

– ¡Lo siento, señor! – dijo el ratón con una vocecilla casi inaudible – No era mi intención importunarle. Sólo estaba divirtiéndome un rato.

– ¿Y te parece que esas son formas de divertirse? – contestó el león cada vez más indignado – ¡Voy a darte tu merecido!

– ¡No, por favor! – suplicó el ratoncillo mientras intentaba zafarse de la pesada pata del león – Déjeme ir. Le prometo que no volverá a suceder. Permita que me vaya a mi casa y quizá algún día pueda agradecersele.

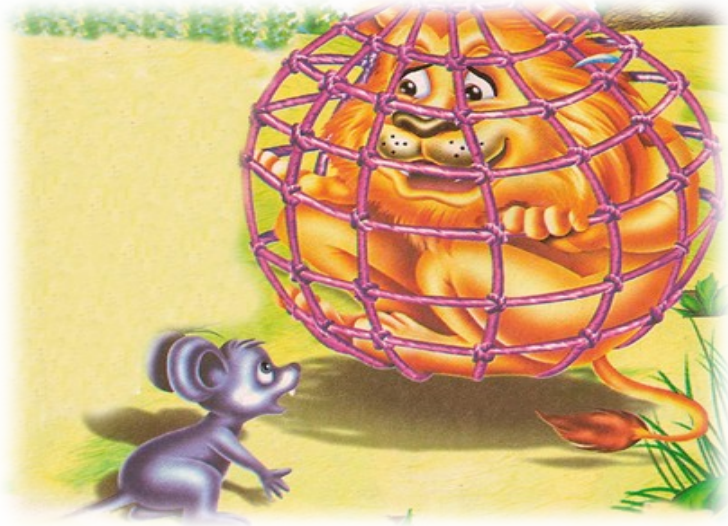
– ¿Tu? ¿Un insignificante ratón? No veo qué puedes hacer por mí.

– ¡Por favor, perdóneme! – dijo el ratón, que lloraba desesperado.

Al ver sus lágrimas, el león se conmovió y liberó al roedor de su castigo, no sin antes advertirle que no volviera por allí.

Pocos días después, paseaba el león por sus dominios cuando cayó preso de una trampa que habían escondido entre la maleza unos cazadores. El pobre se quedó enredado en una maraña de cuerdas de la que no podía escapar. Aterrorizado, empezó a pedir ayuda. Sus rugidos se oyeron a kilómetros a la redonda y llegaron a oídos del ratoncillo, que reconoció la voz del león.





– ¡Vengo a ayudarle, amigo! – le susurró.

– Ya te dije que alguien como tú, pequeño y débil, jamás podrá hacer algo por mí – respondió el león aprisionado y ya casi sin fuerzas.

– ¡No esté tan seguro! No se mueva que yo me encargo de todo.

El ratón afiló sus dientecillos con un palo y muy decidido, comenzó a roer la cuerda que le tenía inmovilizado. Tras un buen rato, la cuerda se rompió y león quedó libre.

– ¡Muchas gracias, ratón! – sonrió el león agradecido – Me has salvado la vida. Ahora entiendo que nadie es menos que nadie y que cuando uno se porta bien con los demás, tiene su recompensa.

Se fundieron en un abrazo y a partir de entonces, el león dejó que el ratoncillo trepara sobre su lomo siempre que quisiera.



LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Había una vez una cigarra y una hormiga que reaccionaron distintamente al verano.

La primera se propuso disfrutar de lo lindo de la agradable estación, y en tal sentido se la pasaba jugando, riendo, cantando y descansando, mientras que la segunda trabajaba arduamente, acumulando provisiones para tiempos más duros.

Cada día del período estival era lo mismo. La cigarra disfrutaba y la hormiga trabajaba.

Sin embargo, las estaciones se suceden unas a otras y el verano fue dando paso al otoño, cuando la vegetación cede y los alimentos que la primavera y el verano ponen a disposición de todos empiezan a escasear.

Poco a poco esto fue ocurriendo, pero para cuando la juguetona cigarra se dio cuenta, ya era muy tarde; no le quedaba alimento alguno.

Entonces recordó que la hormiga se había aprovisionado bien para las estaciones duras y le pidió que le dejara acompañarla y disfrutar de sus provisiones. Molesta por el descaro, la hormiga le reprochó a la cigarra y le dijo:

-Acaso no viste cuán duro trabajé mientras tú solo jugabas y reías. ¿Cómo te atreves a pedirme tal cosa? Además, en mi casa no hay sitio para ti como bien puedes ver por el tamaño.

De esta forma la cigarra comprendió lo tonta que había sido. Su actitud perezosa y su falta de previsión le impedirían pasar felizmente el otoño y el invierno, para los que aún no tenía un refugio seguro.

El cuervo y la culebra



Un cuervo con gran hambre vio en el prado a una culebra dormida al sol; rápidamente cayó sobre ella. La agarró y la elevó por los aires. La serpiente, despertando de su sueño, se volvió y lo mordió.

El cuervo viéndose perdido pues el veneno lo haría caer al suelo y golpearse dijo:

– ¡Pobre de mí, que encontré esta pequeña fortuna pero a costa de mi vida!

Moraleja:

Antes de querer poseer algún bien, primero hay que valorar si el posible precio vale la pena.

LA PALOMA Y LA HORMIGA

Una mañana temprano, una hormiga se acercó a beber a la orilla de un río . De repente, una fuerte ráfaga de viento la empujó y cayó al agua .

-¡Socorro!-empezó a gritar .

En ese momento pasó por allí una paloma . Al oír la aguda vocecilla que pedía ayuda, cogió una hoja con el pico y la tiró al río .De inmediato , la hormiga se subió a ella y llegó a tierra sin problemas .

-Gracias , amiga –le dijo a su salvadora .

Unos días más tarde , cuando la hormiga paseaba por el bosque vio a un cazador.

Al principio al principio no se preocupó : ¡al cazador no le interesaban las hormigas !

Pero poco después descubrió que el hombre estaba apuntando hacia la rama donde descansaba su amiga la paloma .

Rápidamente , la hormiga subió corriendo por la pierna del cazador y le dio un buen mordisco.

-¡Ay ¡ ¡Que daño!- gité el hombre a la vez que se le caía la escopeta.

La paloma levantó el vuelo a toda prisa y huyó de allí .Cuando miró hacia abajo,vio a su pequeña amiga .¡ De buena la había librado !

Basado en una fábula de Esopo

https://es.liveworksheets.com/worksheets/es/Lengua_Castellana/Lectura_Comprendiva/Lectura_comprendiva*_La_hormiga_y_la_paloma._cb259363vx

Autor: Luis López Nieves



El árbol que no sabía quién era

Había una vez un jardín muy hermoso en el que crecían todo tipo de árboles maravillosos. Algunos daban enormes naranjas llenas de delicioso jugo; otras riquísimas peras que parecían azucaradas de tan dulces que eran. También había árboles repletos de dorados melocotones que hacían las delicias de todo aquel que se llevaba uno a la boca.

Era un jardín excepcional y los frutales se sentían muy felices. No sólo eran árboles sanos, robustos y bellos, sino que además, producían las mejores frutas que nadie podía imaginar.

Sólo uno de esos árboles se sentía muy desdichado porque, aunque sus ramas eran grandes y muy verdes, no daba ningún tipo de fruto. El pobre siempre se quejaba de su mala suerte.

– Amigos, todos vosotros estáis cargaditos de frutas estupendas, pero yo no. Es injusto y ya no sé qué hacer.

El árbol estaba muy deprimido y todos los días repetía la misma canción. Los demás le apreciaban mucho e intentaban que recuperara la alegría con palabras de ánimo. El manzano, por ejemplo, solía hacer hincapié en que lo importante era centrarse en el problema.

– A ver, compañero, si no te concentras, nunca lo conseguirás. Relaja tu mente e intenta dar manzanas ¡A mí me resulta muy sencillo!

Pero el árbol, por mucho que se quedaba en silencio y trataba de imaginar verdes manzanas naciendo de sus ramas, no lo conseguía.

Otro que a menudo le consolaba era el mandarino, quien además insistía en que probara a dar mandarinas.

– A lo mejor te resulta más fácil con las mandarinas ¡Mira cuántas tengo yo! Son más pequeñas que las manzanas y pesan menos... ¡Venga, haz un esfuerzo a ver si lo logras!

Nada de nada; el árbol era incapaz y se sentía fatal por ser diferente y poco productivo.

Un mañana un búho le escuchó llorar amargamente y se posó sobre él. Viendo que sus lágrimas eran tan abundantes que parecían gotas de lluvia, pensó que algo realmente grave le pasaba. Con mucho respeto, le habló:

– Perdona que te moleste... Mira, yo no sé mucho acerca de los problemas que tenéis los árboles, pero aquí me tienes por si quieres contarme qué te pasa. Soy un animal muy observador y quizá pueda ayudarte.

El árbol suspiró y confesó al ave cuál era su dolor.

– Gracias por interesarte por mí, amigo. Como puedes comprobar en este jardín hay cientos de árboles, todos bonitos y llenos de frutas increíbles excepto yo... ¿Acaso no me ves? Todos mis amigos insisten en que intente dar manzanas, peras o mandarinas, pero no puedo ¡Me siento frustrado y enfadado conmigo mismo por no ser capaz de crear ni una simple aceituna!

El búho, que era muy sabio comprendió el motivo de su pena y le dijo con firmeza:

– ¿Quieres saber mi opinión sincera? ¡El problema es que no te conoces a ti mismo! Te pasas el día haciendo lo que los demás quieren que hagas y en cambio no escuchas tu propia voz interior.

El árbol puso cara de extrañeza.

– ¿Mi voz interior? ¿Qué quieres decir con eso?

– ¡Sí, tu voz interior! Tú la tienes, todos la tenemos, pero debemos aprender a escucharla. Ella te dirá quién eres tú y cuál es tu función dentro de este planeta. Espero que medites sobre ello porque ahí está la respuesta.

El búho le guiñó un ojo y sin decir ni una palabra más alzó el vuelo y se perdió en la lejanía.

El árbol se quedó meditando y decidió seguir el consejo del inteligente búho. Aspiró profundamente varias veces para liberarse de los pensamientos negativos e intentó concentrarse en su propia voz interior. Cuando consiguió desconectar su mente de todo lo que le rodeaba, escuchó al fin una vocecilla dentro de él que le susurró:

– Cada uno de nosotros somos lo que somos ¿Cómo pretendes dar peras si no eres un peral? Tampoco podrás nunca dar manzanas, pues no eres un manzano, ni mandarinas porque no eres un mandarino. Tú eres un roble y como roble que eres estás en el mundo para cumplir una misión distinta pero muy importante: acoger a las aves entre tus enormes ramas y dar sombra a los seres vivos en los días de calor ¡Ah, y eso no es todo! Tu belleza contribuye a alegrar el paisaje y eres una de las especies más admiradas por los científicos y botánicos ¿No crees que es suficiente?

En ese momento y después de muchos meses, el árbol triste se alegró. La emoción recorrió su tronco porque al fin comprendió quién era y que tenía una preciosa y esencial labor que cumplir dentro de la naturaleza.

Jamás volvió a sentirse peor que los demás y logró ser muy feliz el resto de su larga vida.

Moraleja: Cada uno de nosotros tenemos unas capacidades diferentes que nos distinguen de los demás. Trata de conocerte a ti mismo y de sentirte orgulloso de lo que eres en vez tratar de ser lo que los demás quieren que seas.

24. El ratón de campo y el ratón de ciudad. Mar Zanón

Érase una vez un ratón que vivía en el campo y cuya vida era muy feliz porque tenía todo lo que necesitaba. Su casita era un pequeño escondrijo junto a una encina; en él tenía una camita de hojas y un retal que había encontrado le servía para taparse por las noches y dormir calentito. Una pequeña piedra era su silla y como mesa, utilizaba un trozo de madera al que había dado forma con sus dientes.

También contaba con una despensa donde almacenaba alimentos para pasar el invierno. Siempre encontraba frutos, semillas y alguna que otra cosa rica para comer. Lo mejor de vivir en el campo era que podía trepar por los árboles, tumbarse al Sol en verano y conocer a muchos otros animales que, con el tiempo, se habían convertido en buenos amigos.

Un día, paseando, se cruzó con un ratón que vivía en la ciudad. Desde lejos ya se notaba que era un ratón distinguido porque vestía elegantemente y llevaba un sombrero digno de un señor. Comenzaron a hablar y se cayeron tan bien, que el ratón de campo le invitó a tomar algo en su humilde refugio.

El ratón de ciudad se sorprendió de lo pobre que era su vivienda y más aún, cuando el ratón de campo le ofreció algo para comer: unos frutos rojos y tres o cuatro nueces.

– Te agradezco muchísimo tu hospitalidad – dijo el ratón de ciudad – pero me sorprende que seas feliz con tan poco. Me gustaría que vinieras a mi casa y vieras que se puede vivir más cómodamente y rodeado de lujos.

A los pocos días, el ratón de campo se fue a la ciudad. Su amigo vivía en una casa enorme, casi una mansión, en un agujero que había en la pared del salón principal. Todo el suelo de su cuarto estaba enmoquetado, dormía en un mullido cojín y no le faltaba de nada. Los dueños de la casa eran tan ricos, que el ratón salía a buscar alimentos y siempre encontraba auténticos manjares que llevarse a la boca.

A hurtadillas, ambos se dirigieron a una mesa gigantesca donde había fuentes enteras de carne, patatas, frutas y dulces. Pero cuando se disponían a coger unas cuantas cosas, apareció un gato y los pobres ratones corrieron despavoridos para ponerse a salvo. El ratón de campo tenía el corazón en un puño. ¡Menudo susto se había llevado! ¡El gato casi les atrapa!

– Son gajes del oficio – le aseguró el ratón de ciudad – Saldremos de nuevo a por comida y luego te convidaré a un gran banquete.

Así fue como volvieron a salir a por provisiones. Se acercaron sigilosamente a la mesa llena de exquisiteces pero ¡horror! ... Apareció el ama de llaves con una gran escoba en su mano y empezó a perseguirles por toda la estancia dispuesta a darles unos buenos palos. Los ratones salieron disparados y llegaron a la cueva con la lengua fuera de tanto correr.

– ¡Lo intentaremos de nuevo! ¡Yo jamás me rindo! – dijo muy serio el ratón de ciudad.

Cuando vieron que la señora se había ido, llegó el momento de salir de nuevo a por comida. Al fin consiguieron acercarse a la mesa no sin antes mirar a todas partes. Hicieron acopio de riquísimos alimentos y los prepararon para comer.

Con las barrigas llenas se miraron el uno al otro y el ratón de campo le dijo a su amigo:

– Lo cierto es que todo estaba delicioso ¡Jamás había comido tan bien! Pero voy a decirte algo, amigo, y no te lo tomes a mal. Tienes todo lo que cualquier ratón puede desear. Te rodean los lujos y nada en la abundancia, pero yo jamás podría vivir así, todo el día nervioso y preocupado por si me atrapan. Yo prefiero la vida sencilla y la tranquilidad, aunque tenga que vivir con lo justo.

Y dicho esto, se despidieron y el ratón de campo volvió a su modesta vida donde era feliz.

Moraleja: *si el tener muchas cosas no te permite una vida tranquila, es mejor tener menos y ser feliz de verdad.*

